



# **BORRÓN Y CUENTA NUEVA**



**TEXTO CICCO / FOTOS IGNACIO SÁNCHEZ**

COMO NOS FALTABA UNA DOSIS DE LOCURA, ACEPTAMOS LA PROPUESTA DEL PERIODISTA MÁS INSANO QUE CONOCEMOS. AQUÍ ENTONCES LA CRÓNICA DE CÓMO SE REMUEVE UN TATUAJE CON UN SISTEMA DE ÚLTIMA TECNOLOGÍA, O POR QUÉ LOS SERES HUMANOS PODEMOS ARREPENTIRNOS, INCLUSO, DE LAS DECISIONES TOMADAS EN (APARENTES) MOMENTOS DE MÁXIMA SEGURIDAD.



*Paciente Y MÉDICO*  
**El tatuaje de Cicco, antes de enfrentar a Pérez Rivera.**



**H**abrás hecho muchas cosas tremendas a lo largo de su vida, habrá trastabillado, habrá sucumbido a múltiples –y merecidos– puñetazos, habrá vomitado en faldas de señoritas espantadas, pero excepto en su memoria y en el recuerdo de unos pocos testigos aterrorizados de sus salvajadas, nadie reparará en ello. Excepto algún amigo inclinado a la nostalgia y a sacarle el cuero en público, a todos esos episodios vergonzosos se los lleva el viento. Fuzzz. Borrón y cuenta nueva. Chau pucho. Esta gracia del cielo es la que le permite despertar cada día con cierta confianza en sí mismo y decirse frente al espejo: “Pero mirá si no soy un encanto de persona, ¿eh?”.

Hay tres cosas de las cuales le costará

un poco más sacarse de la memoria, luego de una borrachera: si usted ha dejado embarazada a alguien, si usted ha contraído matrimonio con una desconocida o si usted, vaya a saber en qué andaba pensando, decide hacerse un tatuaje. Porque, claro, en un raptó de vacío mental se le ocurrió que necesita en su vida algo palpable que lo haga reconocible al montón de personas que viajan apelonadas cada día con usted en el colectivo, algo, para decirlo así, que lo acompañe de por vida y sobre todo, si las cosas van mal, no esté obligado a pasarle cuota alimentaria.

Y sí, señores, usted decide hacerse un tatuaje porque se siente un piola bárbaro. Las razones abundan: da testimonio en tinta de su nuevo amor, se escribe con aguja en la piel una guarda tribal de significado desconocido que,

espera, realce sus bíceps y lo emparente en el inconsciente con el ala de los All Blacks –o en su defecto con la pechuga–, o usted acaba de caer en prisión y entiende que, para que no lo deshojen como una margarita en la celda, requiere, en carácter urgente, un *tattoo* tumbero que dé testimonio del improbable agente de policía que batió en circunstancias poco claras, menos para el juez.

Los datos dicen que hay cada vez más tatuados. Al menos, en esta parte del mundo. Una encuesta de la consultora D’Alessio Irol acaba de concluir que tatuarse ya no es más signo de rebeldía –pero sí puede ser de lamento–, y que de cada diez argentinos, cuatro quieren –o tienen– uno, donde sea. Los tatuadores mismos están sorprendidos: cada vez más familias cometen



el atropello de hacerse, todos juntos, el mismo *tattoo*. Así es: los adolescentes, dicen ellos, llevan a los más grandes. Pobres ilusos.

Pero ya lo decíamos, el hombre es un ser que va de la torpeza al arrepentimiento. De la fiesta y el champán al toilette y las lágrimas. Su vida es una montaña rusa sin cinturón de seguridad. Por eso juzga que lo que necesita es un tatuaje que lo acompañe a lo largo del viaje, y sobre todo en su caída libre existencial. En fin.

Diez años atrás, el que aquí les habla, decidió plantarse una espada en la mano. ¿Por qué? Porque era el signo del difunto periodista Hunter Thompson, que uno admiraba. Y quien, al poco tiempo de hacerse el tatuaje, se quitó la vida de un escopetazo porque juzgaba que el mundo se había ido al traste. Y

UNO TUVO LA IDEA  
BRILLANTE DE HACERSE  
**EL TATUAJE JUSTO EN  
LA MANO, UNA DE LAS  
POCAS PARTES DEL  
CUERPO QUE UNO NO  
PUEDE EVITAR VER  
LAS 24 HORAS. QUÉ LE  
VAMOS A HACER. OTRO  
ACTO DE TORPEZA. Y  
ESTÁ MORTALMENTE  
ARREPENTIDO.**

uno, con el *tattoo* que antes lo llenaba de coraje y admiración, ahora, cada vez que lo veía le daba una desazón infinita. Además, claro, tuvo la idea brillante de hacérselo justo en la mano,

una de las pocas partes del cuerpo que uno no puede evitar ver las 24 horas. Qué le vamos a hacer. Suma así otro acto de torpeza en su vida. Y claro, está mortalmente arrepentido.

Pero ahora hasta eso tiene una solución. Y la tinta, antes eternamente impresa en la piel, en estos tiempos es cuestión de unos disparos de láser para que caiga en el pozo de los recuerdos de donde nunca debió haber salido.

En la Argentina, los tratamientos de remoción de tatuajes con láser arrancaron diez años atrás, gracias a un cirujano valiente llamado José Robles. Tenía unos equipos básicos. Y pocos se animaban a exponer su cuerpo a sus pruebas. Pero Robles prometía milagros. Y ahora las cosas han evolucionado. Y cómo.

Así que aquí estamos junto a Fabián

→

→



Pérez Rivera, cirujano plástico, 43 diplomas colgados en la recepción que van desde simposios a paneles y congresos, un hombre que quita 200 tatuajes para el olvido cada año y es dueño, desde hace poquito, de una de las cinco máquinas Spectra-Lutronic que existen en el país. Para que se de una idea –igual que me la di yo que no tenía idea alguna– las viejas máquinas funcionaban a 120 milijules. La Spectra es un avionazo que anda a 1.500 milijules. Tiene cuatro longitudes de onda diferentes para remover toda clase de color –la mayoría sólo tiene para rojo y negro–. Y aquello que antes, por mejor intención que tuviera el médico, no se borraba completamente de la piel, y

hasta podía dejar cicatrices, con esta máquina *made in* Corea del Sur –capos en el rubro tecnología lumínica, junto a Israel, Alemania y los Estados Unidos–, en seis sesiones, fuzzzz, vuela.

Todo muy lindo, ¿pero sabe cómo funciona esto? Ah, se podría hacer un documental con el láser. Se lo llama tecnología Qswitch. Y al fenómeno lo conoce la ciencia como fotoacústico: en lugar de calor como hacían los viejos métodos con luz pulsada, esta maquinita genera fricción. La molécula de tinta se rompe y en lugar de ser eliminada por la piel, el cuerpo, escuche bien, se lo digiere. Para ponerlo en cifras por si usted es de los que gusta comentar historias como esta en el

*happy hour* con lujo de detalles mientras trata de que la chica se demore más escuchando su anécdota y crezca su volumen de alcohol en sangre y sus chances de imprimirle otra clase de tatuajes en el cuerpo; le decía, por si le interesan las cifras: las moléculas con pigmentos tienen más de 60 micrones de diámetro, o sea el tamaño de una... de una... bueno, algo chiquito, usted sabrá. Para el cuerpo, son intragables y es por eso que permanecen en la piel. La acción del láser la rompe en fragmentos de hasta 30 micrones.

Así que lo que hace la maquinita es *rompé, Cacho, rompé*, y luego su propio cuerpo hace el trabajo de fagocitación sin aderezos. Le voy anticipando:



MÉDICOS COMO  
PÉREZ RIVERA HAY

**APENAS 15 EN LA  
ARGENTINA. COBRAN  
UN PROMEDIO DE 500  
PESOS LA SESIÓN –EL  
TAMAÑO DEL TATUAJE  
MODIFICA LA TARIFA  
Y SE PUEDE NECESITAR  
HASTA SEIS SESIONES  
PARA COMPLETAR EL  
ASUNTO–.**

nada más entretenido que pasar una tarde fagocitando tatuajes.

Médicos como Pérez Rivera, que remueven tatuajes con láser, hay apenas 15 en la Argentina. Cobran un promedio de 500 pesos la sesión –el tamaño del tatuaje modifica la tarifa y se puede necesitar hasta seis sesiones para completar el asunto–. Una pasada por la Spectra *made in* Corea remueve hasta el 30% del tatuaje. Ojo: no cualquiera la puede usar. Antes, necesita medidas de seguridad, tomar un curso y tener la famosa maquinita u otras habilidades del mercado. “Existen lugares donde hacen tatuajes y también ofrecen el servicio para quitarlos con láser, pero no deberían estar permitidos”, Pérez Rivera se muestra pre-

ocupado. “Esto tiene que hacerse con médicos habilitados y en consultorios, no en cualquier local”.

En el ‘99, hizo el curso de seguridad en

tratamientos láser, que da el Ministerio de Salud. El Estado exige para habilitarlos una jabalina propia de descarga eléctrica del láser. Que el ambiente no tenga espejos que puedan refractar, que el profesional tenga conocimientos de la Física, que use –igual que el paciente– anteojos protectores, en fin, dos días de cursito de bioseguridad, un introductorio que ahora el propio Pérez Rivera se encarga de impartir a 160 alumnos al año –cuando él lo hizo, lo completaban 4 nomás–.

Antes de continuar, quitémonos juntos una duda, ¿sabe cuáles son los tatuajes que más quiere quitarse la gente? Claro, obvio, aquellos con los nombres de sus viejas parejas, un arrebato de inconciencia absoluta, esperemos

→



**Colores RESISTENTES**  
**El celeste del filo de la espada, lo último en desaparecer.**

que el último de nuestras vidas. “Los nombres y las iniciales”, Pérez Rivera mueve la cabeza, espantado, “son un desastre”. Ahora bien, ¿sabe cuál le sigue en la lista? Los polis y todos aquellos que ingresan a las fuerzas de seguridad. Se les exige, no sólo entrega y fidelidad, además que sacrifiquen todo aquel tatuaje que, al menos, sea visible. A la clínica de Pérez Rivera le caen al año más de medio centenar de futuros *polis* y gendarmes.

¿No lo odian los tatuadores?, se le pregunta a Pérez Rivera, gentilmente. “Al contrario”, el doctor se ríe, tiene las manos grandes, más de lanzador de jabalina que de cirujano, pero de una impactante quietud de estatua viviente. “Hay muchos que sólo quieren perfeccionar su tatuaje. A uno que tenía un demonio me contó que estaba harto de ver la sonrisa del demonio y me

pidió borrarle el gesto para cambiarlo. Imagínate, lo veía todos los días. Estaba podrido. Incluso ahora le estoy sacando uno a un paciente que es tatuador. Tiene un dibujo de un caballo con una estela al lado, y quiere sacarle la estela para que el caballo tenga más protagonismo”.

En mesa de amigos y familiares, siempre se acercan padres a preguntarle cuál es el mejor o el peor *tattoo* para sus hijos, y mientras come con sus manos gigantes y profesionales, este hombre que, dice, extraña el quirófano cuando se va de vacaciones, les explica: “Si sus hijos se quieren tatuar algo, mejor tatuajes pequeños. Sin un alto significado. No es lo mismo tener un pato Donald cuando una chica es adolescente que cuando ya tiene 40. Que no se lo hagan en lugares expuestos porque se van a arrepentir. Y, en lo posible, color negro. Son más fáciles de quitar”.

En verdad, no sólo las condiciones del *tattoo* son las que tiene en cuenta el removedor a la hora de limpiarlas con su lavandina láser. Hay otro aspecto que, ellos advierten, también da resultados más favorables: la piel blanquita. Así es: no es la misma cosa Michael Jackson quitándose un tatuaje a los 18 que cuando tenía más de 40 y tenía la epidermis del tono Casper, el fantasma. El láser, como habrá visto en *La guerra de las galaxias* y todas sus secuelas, será un haz luminoso muy colorido y moderno, pero al fin de cuentas, es un arma súperpoderosa. En manos de Luke Skywalker podrá cortar cabezas a diestra y siniestra, pero en manos de un especialista en estética sigue siendo un instrumento de cuidado. Y el láser, por más onda que uno le ponga, además de remover el *tattoo*, blanquea, un poquito, la piel. Es por eso que los



médicos si ven llegar a un ser pálido y ojoso, como quien escribe estas líneas, respiran con alivio. Y si ven un paciente de tez más bien morena, ponen sus reparos. “El haz de luz busca color y puede confundir el pigmento del tatuaje con el pigmento natural de la piel. Así que, además de perder el tatuaje, aclararían la piel en la zona tratada”, cuenta Rivera. “De todas formas, tranquilos morochos y morochas: la hipopigmentación (tono más claro de la piel) es transitoria dado que la célula productora de color, el melanocito, no es dañado. La eliminación del color del tatuaje es permanente pero el aclaramiento de la piel es temporario”.

En fin. Ingresamos al consultorio y Pérez Rivera muestra su famosa máquina Spectra, silenciosa y cuadrada, y pide ponerse anteojos para protección. Luego, exhibe los cabezales que la hacen tan especial: “El cabezal dorado”, explica, “es para quitar los celestes y azulados. El cabezal rojo es para quitar verde. La máquina trae otro cabezal incorporado para quitar el resto”.

Y entonces la pregunta de rigor, un poco tarde: “Dígame, ¿esto duele?”. El cirujano ríe. “Puede doler. Depende de dónde te hayas hecho el tatuaje. Y depende del paciente. Si duele podemos inyectar anestesia local”.

Lo cierto es que no, auch, no duele tanto. Mi tatuaje es en el dorso de la mano. La descarga del láser se siente

como chispazos o un goteo caliente. “Hay polis que vienen acá que gritan como locos. Vos sos un buen paciente”. Qué loco lo rápido del tratamiento: mi tatuaje tiene 5 centímetros por 3. Y uno no llega a darse cuenta si duele o no cuando Pérez Rivera se quita las gafas, enfunda el cabezal de la Spectra y te anuncia: “Listo, volvé en tres semanas que es lo que lleva en salirse la capa córnea”.

Y bueno, cuando uno se decide a borrar, debe seguir hasta el final. Así

**EL NEGRO DESAPARECE  
CASI NATURALMENTE.  
ASÍ QUE SI AÚN SOS  
DE LOS QUE QUIEREN  
TATUARSE AL PATO  
DONALD EN LA NALGA  
O EN EL PUBIS, TE LO  
ADVIERTO: SU TRAJE ES  
DOLOROSAMENTE AZUL.  
EL PATO SÓLO TRAERÁ  
OTRO DOLOR IDIOTA.**

que, tres semanas más tarde, regresa al consultorio, con su espadita debilitada por la fagocitación de tinta y se pone a

merced de Pérez Rivera y su Spectra. El doctor calibra la máquina, dispara la metralla de láser, cambia cabezales, repite los piropos “qué gran paciente que sos, eh”, y en minutos uno de nuevo está afuera en la calle, con una vendita en la mano y el *tattoo* prácticamente disuelto por obra y gracia de la mano enorme de Pérez Rivera y la tecnología surcoreana. “Volvé en 21 días”, te repite él en la puerta, “con dos sesiones más no te van a quedar rastros de tu espada”. Y así es, mis amigos.

Es cierto: la porción del filo de mi espada, en celeste, es la que más tarda en salir. Siento cómo a mis células les cuesta más fagocitar ese color, como si fuera su hígado trabajando con media torta de merengue con dulce de leche. El negro desaparece, casi naturalmente, piel adentro. Así que si aún sos de los que quieren tatuarse al Pato Donald en la nalga o en el pubis, te lo advierto: su traje de marinerito es dolorosamente azul. No digas después que no fuiste advertido. El Pato sólo traerá otro dolor idiota e innecesario a tu vida.

Antes de despedirnos, por si le interesa el dato: ¿cuál es el *tattoo* más fácil de sacar? El tumbero. Es negro. Es casero. La tinta, al practicarse sin una buena máquina, no penetra tanto en la piel y sale fácil. En dos sesiones, los médicos lo vuelan. Lo que va a tardar más en salir, claro, son sus días de *sopre*.